

Mary Wilkins Freeman “Una monja de Nueva Inglaterra”*

Concluía el atardecer y la luz se desvanecía. Se veía algo diferente en las sombras de los árboles del patio. En algún lugar a la distancia las vacas mugían y una campanita tintineaba. De vez en cuando pasaba un carro granjero y volaba el polvo. Algunos trabajadores pasaban cansinos, vestidos de azul y con palas a sus espaldas. En el aire suave pequeñas nubes de moscas bailaban ante los rostros de la gente. Por encima de todo parecía elevarse una ligera agitación ante el mero hecho del ocaso; la premonición misma del descanso, el silencio y la noche.

Louisa Ellis también sentía esta conmoción diurna. Se había pasado toda la tarde cosiendo tranquila junto a la ventana de su sala. Ahora prendió con cuidado la aguja en su labor, la dobló con precisión, y la dejó en una canasta con el dedal, el carrete de hilo y las tijeras. Louisa Ellis no recordaba que alguna vez en su vida hubiera extraviado alguno de estos pequeños enseres femeninos que por el largo uso y la constante asociación se habían vuelto parte importante de su personalidad.

Louisa se ató un delantal verde alrededor de la cintura y sacó un sombrero chato de paja con cinta verde. Luego se dirigió al jardín con un pequeño cuenco de loza azul a recoger bayas para el té. Luego de recoger las bayas se sentó en el escalón de la puerta trasera y les quitó los cabitos, juntándolos con cuidado en el delantal para luego arrojarlos en el gallinero. Miró con atención el pasto junto al escalón a ver si se le había caído alguno allí.

Louisa era calma y lenta en sus movimientos, le llevaba mucho tiempo preparar el té; pero cuando estaba listo disponía todo con tanta gracia como si ella misma fuera su propia invitada. Exactamente en el centro de la cocina había una pequeña mesa cuadrada, cubierta con un mantel de lino almidonado con brillantes bordes floreados. Había una servilleta de seda de damasco en la bandeja sobre la cual se disponían un vaso de cristal tallado lleno de cucharitas, una jarra de leche de plata, una azucarera de porcelana y una tacita de porcelana rosada con su platillo. Louisa usaba su porcelana todos los días, algo que ninguna de sus vecinas hacía. Ellas mismas susurraban comentarios al respecto. En la mesa cotidiana ponían la vajilla de loza común y guardaban en el armario del salón la porcelana mejor. Louisa Ellis no era más rica ni mejor criada que ellas. Aún así, usaba la porcelana. Para la cena se preparó un plato de cristal repleto de bayas con azúcar, otro con tortitas y otro con galletas blancas. También una hoja o dos de lechuga que había cortado con finura. A Louisa le encantaba la lechuga, que cultivaba hasta la perfección en su pequeño jardín. Comió con ganas, aunque picando con delicadeza, de modo que parecía casi sorprendente que de esa manera fuera a desaparecer cantidad considerable alguna.

Luego del té, llenó un plato de delgadas tortitas de maíz bien horneadas y lo llevó al patio trasero.

—¡César!,— llamó. —¡César! ¡César!—

Hubo una pequeña corrida y el sonido de una cadena cuando apareció un perro amarillo y blanco junto a la puerta de una chocita medio oculta entre el pasto alto y las flores.

Louisa le dio unas palmadas y le ofreció las tortitas de maíz. Luego regresó a la casa y lavó los enseres del té, puliendo la porcelana con cuidado. El ocaso se había acentuado, un coro de ranas maravillosamente fuerte y agudo entraba flotando por la ventana abierta y de vez en cuando lo atravesaba el tono profundo de un sapo. Louisa se quitó el delantal verde a cuadros que cubría uno más corto estampado de rosa y blanco. Encendió la luz y se sentó a continuar con la costura.

Cerca de media hora después llegó Joe Dagget. Ella percibió su paso pesado en el camino, se levantó y se quitó el delantal rosado y blanco. Debajo tenía otro de lino blanco con un pequeño borde

* Publicado en la colección *A New England Nun and Other Stories* (1891). New York: Harper and Brothers. Traducción de Gabriel Matelo.

Literatura Norteamericana

de batista en su inferior; ese era el delantal de Louisa para recibir visitas. A menos que tuviera invitados, nunca lo usaba sin ponerse otro de percal para coser. Con apuro metódico dobló el rosado y blanco y lo guardó en un cajón de la mesa y allí se abrió la puerta y entró Joe Dagget.

Parecía llenar la habitación. El canario amarillo que había estado dormido en una jaula verde junto a la ventana sur se despertó y aleteó salvajemente, golpeando sus alitas amarillas contra los alambres. Siempre hacía eso cuando Joe Dagget entraba a la habitación.

—Buenas noches— dijo Louisa. Extendió su mano en una especie de cordialidad solemne.

—Buenas noches, Louisa— contestó el hombre en voz alta.

Le ubicó una silla y se sentaron cara a cara con la mesa en medio. Él se sentó enhiesto, extendiendo las piernas y mirando alrededor de la habitación con cierta incomodidad pero buen humor. Ella se sentó derecha con las delgadas manos dobladas sobre su regazo de lino blanco.

—Ha hecho un hermoso día— señaló Dagget.

—Realmente hermoso— asintió Louisa, bajito.

—¿Has estado recogiendo heno?— preguntó ella luego de un ratito.

—Sí, todo el día, allí en el lote de diez acres. ¡Qué trabajo caluroso!—

—Sin duda.—

—Sí, hace bastante calor al sol.—

—¿Se encuentra bien tu madre hoy?—

—Sí, bastante bien.—

—Supongo que Lily Dyer le hace compañía—

Dagget se sonrojó. —Sí, está con ella— contestó con lentitud.

Él ya no era muy joven, pero tenía un rostro grande y aniñado. Louisa no era mayor que él, el suyo era más blanco y terso, pero a la gente le daba la impresión de ser mayor.

—Supongo que le es de mucha ayuda a tu madre— continuó diciendo.

—Creo que sí; no sé si madre se lleva bien con ella— dijo Dagget, con una especie de calidez embarazosa.

—Parece una chica realmente habilidosa. Y es linda también— señaló Louisa.

—Sí, es bastante bonita.—

En ese momento, Dagget comenzó a hojear los libros que había sobre la mesa. Eran un álbum de autógrafos rojo y cuadrado y un Anuario de la Joven Dama que había pertenecido a la madre de Louisa. Los levantó uno después del otro y los abrió, para después dejarlos en la mesa de nuevo, el álbum y el anuario.

Louisa los miró un poco incómoda. Finalmente se levantó y los cambió de posición poniendo el álbum debajo del anuario. Esa era la manera en que habían estado ubicados en primer lugar.

Dagget emitió una risita torpe. —¿Qué diferencia hace qué libro esté arriba?— dijo.

Louisa lo miró con una sonrisa de desaprobación. —Siempre los pongo así— murmuró.

—Siempre la ganas— dijo Dagget tratando de reír de nuevo. Su rostro se sonrojó.

Se quedó cerca de una hora, y luego se levantó para irse. Al salir, tropezó con la alfombra y tratando de sostenerse golpeó la canasta de costura de Louisa que estaba en la mesa y la tiró al piso.

Literatura Norteamericana

Miró a Louisa, luego a los carretes desparramados; se agachó torpemente para agarrarlos pero ella lo detuvo. –No importa– dijo –los levantaré después de que te vayas.–

Lo dijo con algo de dureza. O se sintió un tanto perturbada o la nerviosidad de él le afectó haciéndola parecer molesta en su esfuerzo por tranquilizarlo.

Una vez fuera, Joe Dagget respiró el dulce aire nocturno con un suspiro y se sintió tan inocente y perfectamente bien intencionado como un oso que acaba de salir de un bazar.

Por su parte, Louisa se sintió como el dueño bondadoso y sufrido del bazar luego de la partida del oso.

Se ató el delantal rosa, luego el verde, levantó todos los tesoros desparramados, los volvió a poner en la canasta y estiró la alfombra. Luego bajó la lámpara al piso y comenzó a examinarla con minuciosidad. Incluso frotó los dedos en ella y se los miró.

–Dejó marcas de polvo– murmuró. –Debe haber sido él.–

Louisa tomó la pala y el cepillo y barrió con cuidado las marcas de Joe Dagget.

Si él lo hubiera sabido, se habría sentido más perplejo e incómodo, aunque su lealtad no se habría perturbado en lo más mínimo. Venía dos veces por semana a ver a Louisa Ellis y cada vez que se sentaba en esa habitación tan dulce y delicada se sentía rodeado de un seto de encaje. Temía moverse, no fuera que terminara rompiendo la tela con un pie o una mano torpes, y siempre se sentía consciente de que Louisa lo observaba con miedo de que así fuera.

Aún así, el encaje y Louisa le inspiraban ineludiblemente un respecto, una paciencia y una lealtad perfectos. Se casarían en un mes, luego de un singular cortejo que había durado quince años. Catorce de esos quince no se habían visto y escasamente habían intercambiado correspondencia. Joe había pasado todos esos años en Australia a donde había ido a hacer fortuna y se había quedado hasta lograrlo. Se habría quedado otros quince si hubiera sido necesario y habría regresado a casa débil y temblaque a casarse con Louisa, o no habría vuelto en absoluto.

Pero había logrado su fortuna en esos catorce años y había vuelto ahora a casarse con la mujer que, pacientemente y sin cuestionamientos, lo había esperado todo ese tiempo.

Poco después de que se comprometieran le anunció a Louisa su determinación de abrirse camino y asegurarse un lugar antes de casarse. Ella lo escuchó y estuvo de acuerdo con una dulce serenidad que nunca la abandonó ni siquiera cuando su amado partió en un viaje largo e incierto. Joe, animado por una tenaz determinación, se quebró un poquito al final, pero Louisa lo besó con leve rubor y le dijo adiós.

–No va a ser por mucho tiempo– había dicho el pobre Joe con voz ronca; pero fueron catorce años.

En ese ínterin habían ocurrido muchas cosas. La madre y el hermano de Louisa habían muerto y ella se quedó sola en el mundo. Pero lo más importante de todo, algo que ambos eran demasiado simplones para entender, fue que Louisa emprendió bajo el cielo calmo y sereno un camino sin complicaciones pero tan recto y sin curvas que solo se detendría en la tumba, y tan angosto que no había lugar para nadie más a su lado.

Cuando Joe Dagget volvió (sin informárselo), la primera emoción de Louisa fue consternación, aunque ella no lo admitiría y a él nunca se le hubiera ocurrido ni en sueños. Quince años atrás había estado enamorada de él, o al menos pensó que lo estaba. En esa época, condescendiendo gentilmente con el curso natural de una joven, había visto el matrimonio como un aspecto razonable y deseado de la vida. Con mansa docilidad había escuchado el punto de vista de su madre sobre el tema. Su madre se destacaba como una persona sensata, de temperamento dulce y equilibrado. Cuando Joe Dagget se presentó, le habló con prudencia a su hija y Louisa lo aceptó sin dudar. Él fue el primer amor que había tenido hasta ahora.

Le había sido fiel todos estos años. Nunca había soñado con la posibilidad de casarse con otro. Su vida, especialmente los últimos siete años, había estado repleta de una paz placentera, nunca se había sentido descontenta o impaciente acerca de la ausencia de su amado; incluso había esperado siempre su regreso y su matrimonio como la conclusión inevitable. Sin embargo, se había acostumbrado a ponerlo tan lejos en el futuro que resultó ser como ponerlo en los límites de otra vida.

Cuando volvió Joe, lo había estado esperando a él y al casamiento por catorce años, pero sintió mucha más sorpresa y renuencia de lo que nunca hubiera pensado.

La consternación de Joe llegó después. Se le confirmó instantáneamente su vieja admiración por Louisa. Ella apenas había cambiado. Aún mantenía unos modos agradables y una suave gracia y la consideró tan atractiva como siempre. En cuanto a él, había renunciado a la búsqueda de la fortuna y los viejos vientos del romance silbaron a sus oídos tan altos y dulces como siempre. La única canción a la que estaba acostumbrado a oír era Louisa; por mucho tiempo había creído fielmente que la escuchaba todavía, pero finalmente le pareció que aunque los vientos cantaran siempre esa canción, tenía otro nombre. Para Louisa, el viento nunca había hecho más que murmurar, ahora se había calmado y todo estaba quieto. Escuchó por un breve tiempo con una atención a medias nostálgica y luego en silencio continuó trabajando en su ajuar.

Joe había hecho arreglos extensos y bastante grandiosos en su casa. Era el viejo hogar familiar; la pareja recién casada viviría allí ya que Joe no podía abandonar a su madre quien se rehusaba a dejar la vieja casa. De modo que Louisa debería dejar la suya. Todas las mañanas, al levantarse y pasear entre sus cuidadas posesiones de doncella, se sentía como alguien que mira por última vez los rostros de su queridos amigos. Era verdad que en cierta medida podía llevárselas con ella; pero, despojadas de su ambiente, parecerían de un aspecto tan diferente que dejarían de ser lo que eran.

Además, había algunos aspectos peculiares de su feliz vida solitaria que probablemente se sentiría obligada a abandonar por completo. Probablemente recaerían sobre ella otras tareas más duras que estas elegantes y casi inútiles. Habría que cuidar una casa más grande, visitas a quienes entretener, atender a la anciana madre de Joe, rigurosa y débil; y estaría en contra de la tradición aldeana del ahorro tener más de un criado. Louisa tenía un pequeño alambique y en verano solía ocuparse con placer en destilar las esencias dulces y aromáticas de las rosas, el mentol y la menta. A la larga, debería deshacerse de su alambique. Su dotación de esencias era ya considerable y no habría tiempo para destilar por el mero placer de hacerlo. Entonces, la madre de Joe pensaría que es una tontería; ya había dado su opinión al respecto. A Louisa le encantaba coser piezas de mantelería, aunque no estuvieran destinadas al uso, solo por el simple placer de hacerlo. Le habría costado confesar cuántas veces había desgarrado una costura por el solo placer de volverla a coser. Sentada junto a la ventana durante largas y dulces tardes, pasando la aguja con cuidado a través de la tela primorosa, se sentía completamente en paz. Pero en el futuro habría poca oportunidad de darse ese gusto tonto. La madre de Joe, anciana matrona dominante y sagaz como era, y muy probablemente Joe mismo, con su honesta rudeza masculina, fruncirían el seño y se reirían de las costumbres delicadas pero insensatas de esta anciana doncella.

Louisa tomaba el mero orden y la limpieza de su solitaria casa casi con el entusiasmo de un artista. Se exaltaba de genuino triunfo ante la vista de las ventanas tan limpias que brillaban como joyas. Se regodeaba del orden en los cajones del escritorio, de sus contenidos exquisitamente doblados y fragantes de lavanda, trébol dulce y pureza misma. ¿Podía asegurarse de que incluso esto continuara así? Tuvo visiones, tan alarmantes que por vulgares las repudió inmediatamente, de toscas pertenencias masculinas desparramadas por todas partes como una acumulación de basura interminable; del polvo y el desorden que surgen necesariamente de la basta presencia masculina en medio de toda esa armonía delicada. Entre sus presentimientos, no era menor el concerniente a César. César era un perro genuinamente ermitaño. La mayor parte de su vida la había pasado recluido en su choza, separado de la sociedad de su especie y de todas las alegrías inocentes de los caninos. Desde su temprana juventud, César nunca se había asomado a una cueva de marmotas; nunca había conocido

las delicias de un hueso escondido junto a la puerta de la cocina de los vecinos. Y todo eso debido a un pecado cometido cuando apenas era un cachorro. Nadie sabía cuán profundamente arrepentido se podría sentir este viejo perro de semblante sereno y mirada totalmente inocente, pero ya fuera que se sintiera arrepentido o no, se había encontrado con una buena y justificada retribución. Raramente el viejo César gruñía o labraba, era gordo y soñoliento, tenía alrededor de los ojos débiles anillos amarillos que parecían anteojos; pero había un vecino que tenía en su mano marcas de varios de los jóvenes dientes agudos y blancos de César y por eso había vivido durante catorce años atado con cadena y solo en su chocita. El vecino, colérico y resentido por el dolor de la herida, había exigido la muerte de César o el completo ostracismo. Por tanto, el hermano de Louisa, a quién había pertenecido el perro, le había construido la pequeña perrera y lo había atado. Ahora ya hacía catorce años desde que, anegado de ánimo joven, había infligido esa memorable mordida y, con la excepción de cortas excursiones, siempre con la cadena puesta, bajo la guardia estricta de su amo o de Louisa, el viejo perro había permanecido prisionero. Resulta dudoso si, en su limitada ambición, se sintió orgulloso del hecho, pero es seguro que se hizo poseedor de una considerable fama. Todos los chicos de la aldea y muchos adultos lo consideraban el monstruo mismo de la ferocidad. El dragón de San Jorge apenas habría sobrepasado en su mala reputación al viejo perro amarillo de Louisa Ellis. Las madres les aclaraban a sus hijos con solemne énfasis que no se le acercaran demasiado, los chicos prestaban atención y creían denodadamente con un apetito fascinado por el terror y pasaban corriendo a hurtadillas por la casa de Louisa echándole al terrible perro miradas oblicuas. Si por casualidad se escuchaba un ladrido ronco, surgía el pánico. Los caminantes que se aventuraban al patio de Louisa lo miraban con respeto y preguntaban si la cadena era firme. En general, César podría haber parecido un perro muy común y corriente sin provocar ningún tipo de comentarios; encadenado, su reputación lo eclipsó hasta perder la propia fisonomía y parecer oscuramente impreciso y enorme. Sin embargo, con su sentido del buen humor y su astucia, Joe Dagget lo veía tal cual era. Se le acercaba valientemente a los trancos y le acariciaba la cabeza, a pesar de los débiles reclamos de tener cuidado por parte de Louisa, e incluso intentó liberarlo. Louisa se alarmó tanto que él desistió, pero siguió anunciando su opinión al respecto, a veces convincentemente.

—No hay un perro de mejor carácter en el pueblo,— decía, —y es una verdadera crueldad tenerlo atado ahí. Algún día lo voy a sacar.—

Louisa tenía pocas esperanzas de que no lo hiciera uno de estos días, cuando sus intereses y posesiones estuvieran más completamente fundidos. Se lo imaginaba a César arrasando el silencioso y desprevenido pueblo. Veía a los niños inocentes sangrando a su paso. Quería mucho al viejo perro porque había pertenecido a su querido hermano y él siempre había sido muy gentil con ella; aún así creía a pie juntillas en su ferocidad. Siempre le advertía a la gente que no se le acercara. Lo alimentaba con maíz cocido en leche y tortillas, y nunca avivaba su peligroso temperamento con una dieta energética y sanguinaria de carne y huesos. Louisa miró al viejo perro masticar su humilde comida, pensó en su próximo casamiento y tembló. Aún así, ni la anticipación del desorden y la confusión en vez de la dulce paz y la armonía, ni el mal presentimiento de César arrasando el pueblo, ni el salvaje aleteo de su canarito amarillo, fueron suficientes para conmoverla ni un ápice en su determinación. Joe Dagget le había tenido mucho cariño y había trabajado por ella todos estos años. Pasara lo que pasase, no le correspondía a ella ser injusta con él y romperle el corazón. Siguió dándole exquisitas puntadas a su traje de bodas y el tiempo pasó hasta que faltó solo una semana para la ceremonia. Era martes a la noche, y la boda tendría lugar una semana a partir del miércoles.

Esa noche había luna llena. Cerca de las nueve Louisa paseaba por el camino. Había campos sembrados a ambos lados, bordeados de pequeñas paredes de piedra. Macizos exuberantes de arbustos crecían junto a ellas y, a intervalos, árboles de cerezo silvestre y manzanos. En ese momento Louisa se sentó en una pared y contempló a su alrededor algo meditabunda y afligida. La rodeaban altos arbustos de arándano y reina de los prados, entretejidos y enredados con moras y zarzas. Había poco espacio libre entre ellos. Del otro lado del camino había un árbol a través de cuyas ramas brillaba la luna y las hojas relucían como plata. El camino se hallaba moteado de sombras cambiantes y luz

plateada, el aire estaba lleno de un misterioso dulzor. –Me pregunto si habrá uvas silvestres,– murmuró Louisa. Permaneció sentada por un rato. Estaba a punto de levantarse cuando escuchó pasos y voces bajas y se quedó en silencio. Era un lugar solitario y se sintió un tanto intimidada. Pensó en quedarse quieta en las sombras hasta que las personas pasaran, quienesquiera que fuesen.

Pero justo antes de llegar hasta ella las voces cesaron y los pasos también. Se dio cuenta de que los paseantes habían encontrado también un lugar donde sentarse junto a la pared de piedra. Se preguntaba si podría escaparse sin ser notada, cuando una voz rompió la quietud. Era la de Joe Dagget. Ella se sentó a oír.

La voz fue preanunciada por un sonoro suspiro.

–Bien– dijo Dagget, –supongo que ya has tomado una decisión.–

–Sí– respondió la otra voz, –me voy, pasado mañana.–

–Esa es Lily Dyer– pensó Louisa. La voz adquirió cuerpo en su mente. Vio una muchacha alta y rellena, de rostro firme y tez clara, pareciendo más blancos y firmes bajo la luz de la luna, con el fuerte cabello rubio trenzado en un fuerte nudo. Una muchacha plena de una fortaleza y un rubor calmos y rústicos y unos modos magistrales que la hacía parecer una princesa. Lily Dyer era predilecta de los aldeanos, tenía las cualidades precisas para producir esa admiración. Era hábil, buenamoza e inteligente. Louisa había oído sus alabanzas.

–Bien– dijo Joe Dagget –no tengo nada que decir.–

–No sé qué podrías decir– respondió Lily Dyer.

–Nada que decir– repitió Joe, estirando las palabras enfáticamente. Luego hubo silencio. –No me siento apenado– comenzó a decir finalmente –de lo que ocurrió ayer; de que nos dejáramos llevar por lo que sentimos. Creo que ya lo sabíamos. Por supuesto que no puedo cambiar nada. Me voy a casar la semana que viene. No le voy a dar la espalda a una mujer que me esperó catorce años y romperle el corazón.–

–Aún si la dejaras plantada mañana, no te aceptaría– dijo la muchacha, con repentina vehemencia.

–Bien, no te voy a dar la oportunidad– dijo él –pero tampoco te creo.–

–Ya lo verías. El honor es el honor y lo justo, justo. Nunca pensaría bien de un hombre que vaya en contra de ellos por mí u otra chica; que te quede claro, Joe Dagget.

–Bien, que te quede claro a ti también que yo no voy en contra de ellos por ti o ninguna otra chica– respondió. Las voces casi sonaban como si estuvieran enojados entre ellos. Louisa escuchaba con ansiedad.

–Me apena que sientas que tienes que irte– dijo Joe –pero solo sé que es lo mejor.–

–Por supuesto que es lo mejor. Espero que tú y yo seamos sensatos.–

–Bien, supongo que tienes razón.– De repente la voz de Joe adquirió un tono de ternura. –Dime, Lily– dijo –yo lo voy a llevar bastante bien, pero no soporto pensar... ¿piensas que vas a sentirte muy mal con esto?–

–Creo que te darás cuenta de que no puedo sentirme mal acerca de un hombre casado.–

–Bueno, ojalá que no, ojalá que no, Lily. Dios sabe lo que siento. Y ojalá que uno de estos días te cruces con alguien más...–

–No veo por qué no.– De repente su tono cambió. Habló con voz dulce y clara, tan alta que se podía oír al otro lado de la calle. –No, Joe Dagget– dijo, –nunca me voy a casar con otro en toda mi vida. Soy sensata y no voy a romperme el corazón o parecer una estúpida; pero nunca me voy a casar, puedes estar seguro de eso. No soy la clase de chica que siente esto dos veces.–

Literatura Norteamericana

Louisa oyó una exclamación y una leve conmoción detrás de los arbustos, luego Lily habló de nuevo; su voz sonaba como si se hubiera levantado.

—Hay que terminar con esto— dijo ella. —Hemos estado aquí demasiado tiempo. Me voy a casa.—

Louisa se quedó sentada allí aturdida, escuchando los pasos que se alejaban. Luego de un rato se puso de pie y se escabulló a su casa. Al día siguiente hizo las tareas metódicamente, fue un asunto tan mecánico como respirar; pero no siguió cosiendo el traje de novia. Se sentó junto a la ventana y meditó. A la noche llegó Joe. Louisa Ellis no sabía si tenía algo de diplomacia pero cuando esa noche la necesitó la tuvo, aunque entre sus armas femeninas fuera una más bien dócil. Incluso ahora, apenas pudo creer que había oído bien y que no le provocaría un terrible daño a Joe si rompiera la promesa de matrimonio. Quería sondearlo sin traicionar demasiado pronto sus propias inclinaciones al respecto. Lo hizo con éxito y finalmente llegaron a un entendimiento; pero fue difícil, porque él temía traicionarse a sí mismo tanto como ella.

Ella nunca mencionó a Lily Dyer. Simplemente dijo que si bien no tenía queja alguna en contra de él, había vivido por tanto tiempo a su manera que le acobardaba el cambio.

—Bueno, yo nunca me acobardé, Louisa— dijo Dagget. —Soy muy sincero al decir que quizás sea mejor así; pero si quieres continuar, me quedaré contigo hasta mi último día. Ojalá sepas que digo la verdad.—

—Sí, lo sé— dijo ella.

Esa noche ella y Joe se despidieron con más ternura que en mucho tiempo. De pie en la puerta, tomados de las manos, los barrió una última gran ola de recuerdos pesarosos.

—Bueno, esta no es la manera en que pensamos que terminaría, ¿no es cierto, Louisa?— dijo Joe.

Ella negó con la cabeza. Tenía una pequeña agitación en el rostro plácido.

—Hazme saber si hay algo que pueda hacer por ti— dijo él. —Nunca te voy a olvidar, Louisa.— Luego la besó, y se fue por el sendero.

Completamente sola esa noche, Louisa lloró un poco, casi sin saber por qué, pero a la mañana siguiente, al salir a caminar, se sintió como una reina que luego de temer que le arrebatan el reino, ve firmemente asegurada su posesión. Ahora las malezas altas y los pastos podrían apiñarse alrededor de la chocita ermitaña de César, podría caer la nieve sobre su techo año por medio, pero él nunca arrasaría la desprevenida aldea. Ahora el canario podría acurrucarse en una bola amarilla noche tras noche y no tendría necesidad de despertar y aletear contra los alambres con salvaje terror. Louisa podría coser ropa de lino, destilar rosas, desempolvar, pulir y doblar la ropa en lavanda, todo lo que se le antojara. Esa tarde se sentó con su costura junto a la ventana y se sintió realmente sumida en paz. Pasó Lily Dyer, alta, erguida y floreciente, pero ella no sintió el menor reparo. Si Louisa Ellis había vendido su derecho de nacimiento ella no se enteró, el sabor del potaje era tan delicioso, y había sido la única satisfacción por mucho tiempo. La serenidad y una plácida estrechez se habían vuelto para ella su derecho de nacimiento. Miró delante a través del largo alcance de los días futuros enhebrados como perlas de un rosario, todas iguales, todas tersas, sin defectos e inocentes, y se le elevó el corazón de agradecimiento. Afuera hacía un atardecer más ardoroso y soleado, el aire estaba pleno de los sonidos de la laboriosa cosecha de hombres, pájaros y abejas, había gritos de arreo, ruidos metálicos, dulces llamados y largos zumbidos. Louisa permaneció sentada, contando sus días en rezo, como una monja sin claustro.

Mary Wilkins Freeman “A New England Nun”

From *A New England Nun and Other Stories* (New York: Harper and Brothers, 1891)

IT was late in the afternoon, and the light was waning. There was a difference in the look of the tree shadows out in the yard. Somewhere in the distance cows were lowing, and a little bell was tinkling; now and then a farm-wagon tilted by, and the dust flew; some blue-shirted laborers with shovels over their shoulders plodded past; little swarms of flies were dancing up and down before the peoples' faces in the soft air. There seemed to be a gentle stir arising over everything for the mere sake of subsidence- a very premonition of rest and hush and night.

This soft diurnal commotion was over Louisa Ellis also. She had been peacefully sewing at her sitting-room window all the afternoon. Now she quilted her needle carefully into her work, which she folded precisely, and laid in a basket with her thimble and thread and scissors. Louisa Ellis could not remember that ever in her life she had mislaid one of these little feminine appurtenances, which had become, from long use and constant association, a very part of her personality.

Louisa tied a green apron round her waist, and got out a flat straw hat with a green ribbon. Then she went into the garden with a little blue crockery bowl, to pick some currants for her tea. After the currants were picked she sat on the back door-step and stemmed them, collecting the stems carefully in her apron, and afterwards throwing them into the hen-coop. She looked sharply at the grass beside the step to see if any had fallen there.

Louisa was slow and still in her movements; it took her a long time to prepare her tea; but when ready it was set forth with as much grace as if she had been a veritable guest to her own self. The little square table stood exactly in the centre of the kitchen, and was covered with a starched linen cloth whose border pattern of flowers glistened. Louisa had a damask napkin on her tea-tray, where were arranged a cut-glass tumbler full of teaspoons, a silver cream-pitcher, a china sugar-bowl, and one pink china cup and saucer. Louisa used china every day-something which none of her neighbors did. They whispered about it among themselves. Their daily tables were laid with common crockery, their sets of best china stayed in the parlor closet, and Louisa Ellis was no richer nor better bred than they. Still she would use the china. She had for her supper a glass dish full of sugared currants, a plate of little cakes, and one of little white biscuits. Also a leaf or two of lettuce, which she cut up daintily. Louisa was very fond of lettuce, which she raised to perfection in her little garden. She ate quite heartily, though, in a delicate, pecking, way; it seemed almost surprising that any considerable bulk of the food should vanish.

After tea she filled a plate with nicely baked thin corn-cakes, and carried them out into the back-yard.

“Caesar!” she called. “Caesar! Caesar!”

There was a little rush, and the clank of a chain, and a large yellow-and-white dog appeared at the door of his tiny hut, which was half hidden among the tall grasses and flowers.

Louisa patted him and gave him the corn-cakes. Then she returned to the house and washed the tea-things, polishing the china carefully. The twilight had deepened; the chorus of the frogs floated in at the open window wonderfully loud and shrill, and once in a while a long sharp drone from a tree-toad pierced it. Louisa took off her green gingham apron, disclosing a shorter one of pink and white print. She lighted her lamp, and sat down again with her sewing.

In about half an hour Joe Dagget came. She heard his heavy step on the walk, and rose and took off her pink-and- white apron. Under that was still another-white linen with a little cambric edging on the bottom; that was Louisa's company apron. She never wore it without her calico sewing apron over it unless she had a guest. She had barely folded the pink and white one with methodical haste and laid it in a table-drawer when the door opened and Joe Dagget entered.

Literatura Norteamericana

He seemed to fill up the whole room. A little yellow canary that had been asleep in his green cage at the south window woke up and fluttered wildly, beating his little yellow wings against the wires. He always did so when Joe Dagget came into the room.

“Good-evening,” said Louisa. She extended her hand with a kind of solemn cordiality.

“Good-evening, Louisa,” returned the man, in a loud voice.

She placed a chair for him, and they sat facing each other, with the table between them. He sat bolt-upright, toeing out his heavy feet squarely, glancing with a good-humored uneasiness around the room. She sat gently erect, folding her slender hands in her white-linen lap.

“Been a pleasant day,” remarked Dagget.

“Real pleasant,” Louisa assented, softly.

“Have you been haying?” she asked, after a little while.

“Yes, I’ve been haying all day, down in the ten-acre lot. Pretty hot work.”

“It must be.”

“Yes, it’s pretty hot work in the sun.”

“Is your mother well to-day?”

“Yes, mother’s pretty well.”

“I suppose Lily Dyer’s with her now?”

Dagget colored. “Yes, she’s with her,” he answered, slowly.

He was not very young, but there was a boyish look about his large face. Louisa was not quite as old as he, her face was fairer and smoother, but she gave people the impression of being older.

“I suppose she’s a good deal of help to your mother,” she said, further.

“I guess she is; I don’t know how mother’d get along without her,” said Dagget, with a sort of embarrassed warmth.

“She looks like a real capable girl. She’s pretty-looking too,” remarked Louisa.

“Yes, she is pretty fair looking.”

Presently Dagget began fingering the books on the table. There was a square red autograph album, and a Young Lady’s Gift-Book which had belonged to Louisa’s mother. He took them up one after the other and opened them then laid them down again, the album on the Gift-Book.

Louisa kept eying them with mild uneasiness. Finally she rose and changed the position of the books, putting the album underneath. That was the way they had been arranged in the first place.

Dagget gave an awkward little laugh. “Now what difference did it make which book was on top?” said he.

Louisa looked at him with a deprecating smile. “I always keep them that way,” murmured she.

“You do beat everything,” said Dagget, trying to laugh again. His large face was flushed.

He remained about an hour longer, then rose to take leave. Going out, he stumbled over a rug, and trying to recover himself, hit Louisa’s work-basket on the table, and knocked it on the floor.

He looked at Louisa, then at the rolling spools; he ducked himself awkwardly toward them, but she stopped him. “Never mind,” said she, “I’ll pick them up after you’re gone.”

She spoke with a mild stiffness. Either she was a little disturbed, or his nervousness affected her, and made her seem constrained in her effort to reassure him.

Literatura Norteamericana

When Joe Dagget was outside he drew in the sweet evening air with a sigh, and felt much as an innocent and perfectly well-intentioned bear might after his exit from a china shop.

Louisa, on her part, felt much as the kind-hearted, long-suffering owner of the china shop might have done after the exit of the bear.

She tied on the pink, then the green apron, picked up all the scattered treasures and replaced them in her work- basket, and straightened the rug. Then she set the lamp on the floor, and began sharply examining the carpet. She even rubbed her fingers over it, and looked at them.

“He’s tracked in a good deal of dust,” she murmured. “I thought he must have.”

Louisa got a dust-pan and brush, and swept Joe Dagget’s track carefully.

If he could have known it, it would have increased his perplexity and uneasiness, although it would not have disturbed his loyalty in the least. He came twice a week to see Louisa Ellis, and every time, sitting there in her delicately sweet room, he felt as if surrounded by a hedge of lace. He was afraid to stir lest he should put a clumsy foot or hand through the fairy web, and he had always the consciousness that Louisa was watching fearfully lest he should.

Still the lace and Louisa commanded perforce his perfect respect and patience and loyalty. They were to be married in a month, after a singular courtship which had lasted for a matter of fifteen years. For fourteen out of the fifteen years the two had not once seen each other, and they had seldom exchanged letters. Joe had been all those years in Australia, where he had gone to make his fortune, and where he had stayed until he made it. He would have stayed fifty years if it had taken so long, and come home feeble and tottering, or never come home at all, to marry Louisa.

But the fortune had been made in the fourteen years, and he had come home now to marry the woman who had been patiently and unquestioningly waiting for him all that time.

Shortly after they were engaged he had announced to Louisa his determination to strike out into new fields, and secure a competency before they should be married. She had listened and assented with the sweet serenity which never failed her, not even when her lover set forth on that long and uncertain journey. Joe, buoyed up as he was by his sturdy determination, broke down a little at the last, but Louisa kissed him with a mild blush, and said good-by.

“It won’t be for long,” poor Joe had said, huskily; but it was for fourteen years.

In that length of time much had happened. Louisa’s mother and brother had died, and she was all alone in the world. But greatest happening of all-a subtle happening which both were too simple to understand-Louisa’s feet had turned into a path, smooth maybe under a calm, serene sky, but so straight and unswerving that it could only meet a check at her grave, and so narrow that there was no room for any one at her side.

Louisa’s first emotion when Joe Dagget came home (he had not apprised her of his coming) was consternation, although she would not admit it to herself, and he never dreamed of it. Fifteen years ago she had been in love with him-at least she considered herself to be. Just at that time, gently acquiescing with and falling into the natural drift of girlhood, she had seen marriage ahead as a reasonable feature and a probable desirability of life. She had listened with tame docility to her mother’s views upon the subject. Her mother was remarkable for her cool sense and sweet, even temperament. She talked wisely to her daughter when Joe Dagget presented himself, and Louisa accepted him with no hesitation. He was the first lover she had ever had.

She had been faithful to him all these years. She had never dreamed of the possibility of marrying anyone else. Her life, especially for the last seven years, had been full of a pleasant peace, she had never felt discontented nor impatient over her lover’s absence; still she had always looked forward to his return and their marriage as the inevitable conclusion of things. However she had fallen into a way of placing it so far in the future that it was almost equal to placing it over the boundaries of another life.

When Joe came she had been expecting him, and expecting to be married, for fourteen years, but she was as much surprised and taken aback as if she had never thought of it.

Joe's consternation came later. He eyed Louisa with an instant confirmation of his old admiration. She had changed but little. She still kept her pretty manner and soft grace, and was, he considered, every whit as attractive as ever. As for himself, his stent was done; he had turned his face away from fortune-seeking, and the old winds of romance whistled as loud and sweet as ever through his ears. All the song which he had been wont to hear in them was Louisa; he had for a long time a loyal belief that he heard it still, but finally it seemed to him that although the winds sang always that one song, it had another name. But for Louisa the wind had never more than murmured; now it had gone down, and everything was still. She listened for a little while with half-wistful attention then she turned quietly away and went to work on her wedding clothes.

Joe had made some extensive and quite magnificent alterations in his house. It was the old homestead; the newly-married couple would live there, for Joe could not desert his mother, who refused to leave her old home. So Louisa must leave hers. Every morning, rising and going about among her neat maidenly possessions, she felt as one looking her last upon the faces of dear friends. It was true that in a measure she could take them with her, but, robbed of their old environments, they would appear in such new guises that they would almost cease to be themselves.

Then there were some peculiar features of her happy solitary life which she would probably be obliged to relinquish altogether. Sterner tasks than these graceful but half-needless ones would probably devolve upon her. There would be a large house to care for; there would be company to entertain; there would be Joe's rigorous and feeble old mother to wait upon; and it would be contrary to all thrifty village traditions for her to keep more than one servant. Louisa had a little still, and she used to occupy herself pleasantly in summer weather with distilling the sweet and aromatic essences from roses and peppermint and spear-mint. By-and-by her still must be laid away. Her store of essences was already considerable, and there would be no time for her to distil for the mere pleasure of it. Then Joe's mother would think it foolishness; she had already hinted her opinion in the matter. Louisa dearly loved to sew a linen scam, not always for use, but for the simple, mild pleasure which she took in it. She would have been loath to confess how more than once she had ripped a seam for the mere delight of sewing it together again. Sitting at her window during long sweet afternoons, drawing her needle gently through the dainty fabric, she was peace itself. But there was small chance of such foolish comfort in the future. Joe's mother, domineering, shrewd old matron that she was even in her old age, and very likely even Joe himself, with his honest masculine rudeness, would laugh and frown down all these pretty but senseless old maiden ways.

Louisa had almost the enthusiasm of an artist over the mere order and cleanliness of her solitary home. She had throbs of genuine triumph at the sight of the windowpanes which she had polished until they shone like jewels. She gloated gently over her orderly bureau-drawers, with their exquisitely folded contents redolent with lavender and sweet clover and very purity. Could she be sure of the endurance of even this? She had visions, so startling that she half repudiated them as indelicate, of coarse masculine belongings strewn about in endless litter; of dust and disorder arising necessarily from a coarse masculine presence in the midst of all this delicate harmony. Among her forebodings of disturbance, not the least was with regard to Caesar. Caesar was a veritable hermit of a dog. For the greater part of his life he had dwelt in his secluded hut, shut out from the society of his kind and all innocent canine joys. Never had Caesar since his early youth watched at a woodchuck's hole; never had he known the delights of a stray bone at a neighbor's kitchen door. And it was all on account of a sin committed when hardly out of his puppyhood. No one knew the possible depth of remorse of which this mild-visaged, altogether innocent-looking old dog might be capable - but whether or not he had encountered remorse, he had encountered a full measure of righteous retribution. Old Caesar seldom lifted up his voice in a growl or a bark; he was fat and sleepy; there were yellow rings which looked like spectacles around his dim old eyes; but there was a neighbor who bore on his hand the imprint of several of Caesar's sharp white youthful teeth, and for that he had lived at the end of a

chain, all alone in a little hut, for fourteen years. The neighbor, who was choleric and smarting with the pain of his wound, had demanded either Caesar's death or complete ostracism. So Louisa's brother, to whom the dog had belonged, had built him his little kennel and tied him up. It was now fourteen years since, in a flood of youthful spirits, he had inflicted that memorable bite, and with the exception of short excursions, always at the end of the chain, under the strict guardianship of his master or Louisa, the old dog had remained a close prisoner. It is doubtful if, with his limited ambition, he took much pride in the fact, but it is certain that he was possessed of considerable cheap fame. He was regarded by all the children in the village and by many adults as a very monster of ferocity. St. George's dragon could hardly have surpassed in evil repute Louisa Ellis's old yellow dog. Mothers cleared their children with solemn emphasis not to go too near to him, and the children listened and believed greedily, with a fascinated appetite for terror, and ran by Louisa's house stealthily, with many sidelong and backward glances at the terrible dog. If perchance he sounded a hoarse bark, there was a panic. Wayfarers chancing into Louisa's yard eyed him with respect, and inquired if the chain were stout. Caesar at large might have seemed a very ordinary dog, and excited no comment whatever - chained, his reputation overshadowed him, so that he lost his own proper outlines and looked darkly vague and enormous. Joe Dagget, however, with his good-humored sense and shrewdness, saw him as he was. He strode valiantly up to him and patted him on the head, in spite of Louisa's soft clamor of warning, and even attempted to set him loose. Louisa grew so alarmed that he desisted, but kept announcing his opinion in the matter quite forcibly at intervals. "There ain't a better-natured dog in town," he would say, "and it's down-right cruel to keep him tied up there. Some day I'm going to take him out."

Louisa had very little hope that he would not, one of these days, when their interests and possessions should be more completely fused in one. She pictured to herself Caesar on the rampage through the quiet and unguarded village. She saw innocent children bleeding in his path. She was herself very fond of the old dog, because he had belonged to her dead brother, and he was always very gentle with her; still she had great faith in his ferocity. She always warned people not to go too near him. She fed him on ascetic fare of corn-mush and cakes, and never fired his dangerous temper with heating and sanguinary diet of flesh and bones. Louisa looked at the old dog munching his simple fare, and thought of her approaching marriage and trembled. Still no anticipation of disorder and confusion in lieu of sweet peace and harmony, no forebodings of Caesar on the rampage, no wild fluttering of her little yellow canary, were sufficient to turn her a hair's-breadth. Joe Dagget had been fond of her and working for her all these years. It was not for her, whatever came to pass, to prove untrue and break his heart. She put the exquisite little stitches into her wedding-garments, and the time went on until it was only a week before her wedding-day. It was a Tuesday evening, and the wedding was to be a week from Wednesday.

There was a full moon that night. About nine o'clock Louisa strolled down the road a little way. There were harvest-fields on either hand, bordered by low stone walls. Luxuriant clumps of bushes grew beside the wall, and trees--wild cherry and old apple-trees-at intervals. Presently Louisa sat down on the wall and looked about her with mildly sorrowful reflectiveness. Tall shrubs of blueberry and meadow-sweet, all woven together and tangled with blackberry vines and horsebriers, shut her in on either side. She had a little clear space between them. Opposite her, on the other side of the road, was a spreading tree; the moon shone between its boughs, and the leaves twinkled like silver. The road was bespread with a beautiful shifting dapple of silver and shadow; the air was full of a mysterious sweetness. "I wonder if it's wild grapes?" murmured Louisa. She sat there some time. She was just thinking of rising, when she heard footsteps and low voices, and remained quiet. It was a lonely place, and she felt a little timid. She thought she would keep still in the shadow and let the persons, whoever they might be, pass her.

But just before they reached her the voices ceased, and the footsteps. She understood that their owners had also found seats upon the stone wall. She was wondering if she could not steal away unobserved, when the voice broke the stillness. It was Joe Dagget's. She sat still and listened.

Literatura Norteamericana

The voice was announced by a loud sigh, which was as familiar as itself. "Well," said Dagget, "you've made up your mind, then, I suppose?"

"Yes," returned another voice; "I'm going, day after tomorrow."

"That's Lily Dyer," thought Louisa to herself. The voice embodied itself in her mind. She saw a girl tall and full-figured, with a firm, fair face, looking fairer and firmer in the moonlight, her strong yellow hair braided in a close knot. A girl full of a calm rustic strength and bloom, with a masterful way which might have beseeemed a princess. Lily Dyer was a favorite with the village folk; she had just the qualities to arouse the admiration. She was good and handsome and smart. Louisa had often heard her praises sounded.

"Well," said Joe Dagget, "I ain't got a word to say."

"I don't know what you could say," returned Lily Dyer.

"Not a word to say," repeated Joe, drawing out the words heavily. Then there was a silence. "I ain't sorry," he began at last, "that that happened yesterday—that we kind of let on how we felt to each other. I guess it's just as well we knew. Of course I can't do anything any different. I'm going right on an' get married next week. I ain't going back on a woman that's waited for me fourteen years, an' break her heart."

"If you should jilt her to-morrow, I wouldn't have you," spoke up the girl, with sudden vehemence.

"Well, I ain't going to give you the chance," said he; "but I don't believe you would, either."

"You'd see I wouldn't. Honor's honor, an' right's right. An' I'd never think anything of any man that went against 'em for me or any other girl - you'd find that out, Joe Dagget."

"Well, you'll find out fast enough that I ain't going against 'em for you or any other girl," returned he. Their voices sounded almost as if they were angry with each other. Louisa was listening eagerly.

"I'm sorry you feel as if you must go away," said Joe, "but I don't know but it's best."

"Of course it's best. I hope you and I have got common-sense."

"Well, I suppose you're right." Suddenly Joe's voice got an undertone of tenderness. "Say, Lily," said he, "I'll get along well enough myself, but I can't bear to think-- You don't suppose you're going to fret much over it?"

"I guess you'll find out I sha'n't fret much over a married man."

"Well, I hope you won't-I hope you won't, Lily. God knows I do. And - I hope - one of these days - you'll -come across somebody else--"

"I don't see any reason why I shouldn't." Suddenly her tone changed. She spoke in a sweet, clear voice, so loud that she could have been heard across the street. "No, Joe Dagget," said she, "I'll never marry any other man as long as I live. I've got good sense, an' I ain't going to break my heart nor make a fool of myself; but I'm never going to be married, you can be sure of that. I ain't that sort of a girl to feel this way twice."

Louisa heard an exclamation and a soft commotion behind the bushes; then Lily spoke again--the voice sounded as if she had risen. "This must be put a stop to," said she. "We've stayed here long enough. I'm going home."

Louisa sat there in a daze, listening to their retreating steps. After a while she got up and slunk softly home herself. The next day she did her housework methodically; that was as much a matter of course as breathing; but she did not sew on her wedding-clothes. She sat at her window and meditated. In the evening Joe came. Louisa Ellis had never known that she had any diplomacy in her, but when

she came to look for it that night she found it, although meek of its kind, among her little feminine weapons. Even now she could hardly believe that she had heard aright, and that she would not do Joe a terrible injury should she break her troth-plight. She wanted to sound him without betraying too soon her own inclinations in the matter. She did it successfully, and they finally came to an understanding - but it was a difficult thing, for he was as afraid of betraying himself as she.

She never mentioned Lily Dyer. She simply said that while she had no cause of complaint against him, she had lived so long in one way that she shrank from making a change.

"Well, I never shrank, Louisa," said Dagget. "I'm going to be honest enough to say that I think maybe it's better this way; but if you'd wanted to keep on, I'd have stuck to you till my dying day. I hope you know that."

"Yes, I do," said she.

That night she and Joe parted more tenderly than they had done for a long time. Standing in the door, holding each other's hands, a last great wave of regretful memory swept over them.

"Well, this ain't the way we've thought it was all going to end, is it, Louisa?" said Joe.

She shook her head. There was a little quiver on her placid face.

"You let me know if there's ever anything I can do for you," said he. "I ain't ever going to forget you, Louisa." Then he kissed her, and went down the path.

Louisa, all alone by herself that night, wept a little, she hardly knew why, but the next morning, on waking, she felt like a queen who, after fearing lest her domain be wrested away from her, sees it firmly insured in her possession. Now the tall weeds and grasses might cluster around Caesar's little hermit hut, the snow might fall on its roof year in and year out, but he never would go on a rampage through the unguarded village. Now the little canary might turn itself into a peaceful yellow ball night after night, and have no need to wake and flutter with wild terror against its bars. Louisa could sew linen seams, and distil roses, and dust and polish and fold away in lavender, as long as she listed. That afternoon she sat with her needle-work at the window, and felt fairly steeped in peace. Lily Dyer, tall and erect and blooming, went past; but she felt no qualm. If Louisa Ellis had sold her birthright she did not know it, the taste of the pottage was so delicious, and had been her sole satisfaction for so long. Serenity and placid narrowness had become to her as the birthright itself. She gazed ahead through a long reach of future days strung together like pearls in a rosary, every one like the others, and all smooth and flawless and innocent, and her heart went up in thankfulness. Outside was the fervid sunnier afternoon; the air was filled with the sounds of the busy harvest of men and birds and bees; there were halloos, metallic clattering, sweet calls, and long hummings. Louisa sat, prayerfully numbering her days, like an uncloistered nun.